

27.—NO LEVANTAR FALSO TESTIMONIO
NI MENTIR.

Al lenguaje articulado se debe el que las asociaciones humanas hayan adquirido la importancia que tienen hoy, y el que las inteligencias individuales colaboren en esta obra común, que se llama la ciencia, patrimonio de la humanidad. Pero si la lengua es lo mejor que existe para la relación entre hombres, es también, como lo ha enseñado antiguamente Esopo el frigio, lo peor y más peligroso que hay. Y, en efecto, si observamos objetivamente, como decía en un capítulo precedente, los hechos y gestos de nuestros contemporáneos, no tenemos medio de saber qué movimientos se suceden en sus centros nerviosos; estos movimientos sólo son conocidos de aquel donde se desarrollan, y los conoce por el medio subjetivo. Puede traducirlos, bien ó mal, en el lenguaje, y darlos á conocer á sus vecinos cuando quiere.

No olvidemos que, antes de ser asociados, los seres vivos son individuos, y, por lo tanto, rivales y enemigos. El interés de cada uno de estos competidores es guardar para

sí el conocimiento, que él solo posee, de sus razonamientos y determinaciones; ése es precisamente el único aspecto por el cual un hombre puede declararse completamente libre de sus vecinos; él solo sabe lo que va á hacer, y halla gran ventaja en que sus competidores lo ignoren. «El silencio es oro», dice la sabiduría de las naciones.

Los principios lamarekianos, que explican el desarrollo de los órganos por el funcionamiento habitual, me conducen á pensar que, aun provisto del rudimento de lo que es necesario para hablar, el hombre primitivo hablaba poco mientras no vivía en sociedad. Me parece además que, si los hombres hubieran hablado antes de asociarse, hubieran mentido siempre; era su interés, y no poseían todavía las nociones metafísicas, nacidas más tarde, que obligan á un individuo algunas veces á obrar contra su interés inmediato. No debemos extrañarnos que la mentira, que ha sido desde el comienzo uno de los principales medios de defensa del hombre, se haya fijado en la herencia de la raza, hasta el punto de ser todavía muy natural en el siglo xx.

Cuando se ha tratado de coordinar esfuerzos contra un enemigo común, el lenguaje verídico se ha hecho indispensable. La reli-

gión del juramento debe ser una de las más antiguas nociones absolutas que se hayan fijado en el hombre; data, sin duda, de las primeras asociaciones, como es fácil comprenderlo. Una asociación no tenía valor, efectivamente, si los aliados no se sostenían fielmente contra el enemigo común; el que por cobardía ó por razones de interés inmediato se dispensaba de auxiliar á su asociado en el momento del peligro, quedaba descalificado por ese hecho, porque no se podía contar más con su palabra. Ahora bien, á partir del momento en que los hombres se han asociado, ningún individuo aislado podía ser capaz de defenderse por sí mismo contra asociaciones poderosas; por consiguiente, el que había faltado á su juramento no podía hallar asociado en la lucha, y por lo tanto, se veía condenado á la ruina y á la muerte. Era, pues, de la más alta necesidad cumplir la palabra dada.

Antes hemos visto uno de los orígenes de la noción de honor; el que por sus acciones valerosas había sabido conquistar una reputación de bravura era respetado por todos; nadie se atrevía á ofenderle, mientras que una sola prueba de cobardía quitaba toda consideración y exponía á ataques continuos. Este género de honor, dependiente

del valor de un individuo, era para éste la mejor salvaguardia; es, pues, natural que la noción absoluta correspondiente se haya implantado profundamente en la mentalidad de nuestros antepasados guerreros.

La fidelidad al juramento se colocó naturalmente al lado de esta noción de honor guerrero, á partir del momento en que, no estando el hombre aislado, su valor dependía de la solidaridad de sus alianzas, á lo menos tanto como de su valor y fuerza personales. Y al cabo de cierto tiempo, la fidelidad y el valor fueron confundidos en la noción de honor; el cobarde y el traidor fueron víctimas del mismo desprecio, y cada uno hizo todo lo que pudo para tener la reputación de luchador valeroso y de aliado fiel. La vergüenza que se atribuía á la derrota era tan sólo, desde el principio, la descalificación que sufría el vencido porque perdía su reputación de combatiente temible; pero de esta vergüenza pasajera podía uno librarse por una victoria, mientras que la vergüenza nacida de la traición ó de la cobardía era indeleble.

Parecerá extraño que empiece á estudiar la cuestión de la mentira ocupándome primero de la religión del juramento; en efecto, la palabra mentira se aplica ordinariamente á otra cosa distinta, y particularmente al fal-

so testimonio, pero es bajo el aspecto de violación de la religión del juramento como la mentira ha adquirido, en nuestra mentalidad, el carácter odioso que tiene ahora. Porque se decía «faltar á su juramento» es por lo que la palabra mentiroso se ha colocado en el compartimiento de la conciencia en que se trata del honor. Acaso por eso, dentro de nosotros mismos, no tenemos fatalmente vergüenza de haber robado, y nos despreciamos siempre que hemos mentido.

Una prueba evidente del hecho de que la noción de fidelidad al juramento de alianza se ha fijado profundamente, por costumbre, en la mentalidad de nuestros antepasados, es que ha adquirido el carácter absoluto por el que se reconocen las particularidades definitivamente adquiridas. La palabra dada ha tomado el aspecto sagrado de una entidad metafísica, puesto que se ha llegado á guardarla aun á los enemigos, aun cuando la religión del juramento había nacido de una alianza contra esos enemigos.

Hallamos á cada instante esta observación en la historia de la evolución; un carácter adquirido verdaderamente fijado se conserva en condiciones diferentes de aquellas en que ha sido adquirido, y aun en condiciones en que resulta perjudicial. Ésta es una de las

causas del conflicto que se produce á menudo entre el sentimiento y la razón.

Fuera de esta cuestión particular de la fidelidad á la palabra dada, la mentira que consiste simplemente en un falso testimonio, ha sido reprobada pronto en las asociaciones primitivas. Pero hay que tener presente que la palabra mentira se aplicaba tan sólo á la mentira entre asociados. Respecto del enemigo, la mentira se llamaba astucia y era útil; no me atrevo á creer que fuera honrado, como en Esparta, porque un hombre capaz de engañar á los enemigos era también capaz de hacerlo con los amigos; la reprobación de la mentira ha sido tan profunda que se ha considerado siempre más noble vencer por la fuerza que por la astucia; el horror de la mentira es una de nuestras nociones metafísicas.

La mentira entre asociados es el mecanismo que ha impedido al hombre ser absorbido en la sociedad. Por la imposibilidad de mentir, ó por lo menos de no decirlo todo, el individuo ha permanecido individuo y ha conservado su propio dominio, á pesar de la socialización de todas sus facultades. Desde este punto de vista no se puede censurar á Talleyrand por haber escrito: «La palabra ha sido dada al hombre para disfrazar sus pen-

samientos». ¿Las abejas mienten? ¿Pueden hacerlo? Si no tienen nunca ganas de hacer lo que no es precisamente su deber social, no tienen necesidad de mentir. Pero si han llegado á ese punto de socialización en el cual un individuo no es más que un elemento de una asociación, como una célula es un elemento del cuerpo del hombre, ¿no es precisamente porque las abejas son para sus congéneres un libro abierto? Las abejas no tienen como nosotros un cerebro vasto lleno de conexiones variables; acaso el aspecto exterior de una abeja baste para que otra abeja, estudiándola con sus órganos específicos de los sentidos, sepa todo lo que piensa la primera. Sea lo que quiera de estas hipótesis que no comprobaremos nunca, estamos seguros que en el hombre la mentira es posible. Y esta posibilidad ha tenido evidentemente un papel muy importante en la evolución social, protegiendo la individualidad contra la absorción en la comunidad. Pero para esta razón misma, la mentira ha llegado á ser una cosa criminal en el espíritu de todos. Obteniendo un provecho cierto de la prosperidad de la asociación, cada uno de nosotros reprueba, en todos sus coasociados, el hecho de mentir con un fin de interés individual; lamento, naturalmente, que todos

mis congéneres no se dediquen por entero á una asociación cuyo buen funcionamiento es útil para mí, y condeno en ello la mentira que les permite sustraer á la colaboración social una parte de su actividad; pero cuando se trata de mi interés personal, me siento inclinado á veces á hacer yo mismo lo que repruebo en los demás, porque mi interés personal es más inmediato para mí que el bien de la asociación.

Estas consideraciones bastan para explicar que la mentira continúe siendo tan frecuente en nuestra época. Sólo las nociones metafísicas resultantes de la religión del juramento limitan el uso de esta práctica de salvaguardia individual. Y por ser insuficientes, el precepto contra el falso testimonio ha sido inscrito en las tablas de la ley y ha acarreado siempre una sanción penal severa.

En todas partes donde hay antagonismo entre el interés individual inmediato y el interés que el individuo puede sacar secundariamente de la prosperidad de la sociedad, las nociones metafísicas nacidas de la costumbre prolongada han sido combatidas por consideraciones procedentes de otro orden de egoísmo. El egoísmo es el que ha hecho nacer en nosotros lo que es hoy el sentimiento del honor, pero es el egoísmo también el que

ha conservado en nosotros la costumbre de la mentira, contraria al honor. Toda la historia del hombre actual está en este antagonismo entre el egoísmo individual puro y el egoísmo del individuo que beneficia la sociedad. El resultado de este antagonismo inevitable es esa hipocresía que notaba en el párrafo anterior, cuya influencia es considerable en la evolución humana. No renunciamos á mentir cuando nos es útil, pero tenemos en nosotros nociones metafísicas que condenan la mentira y hacen de ella una cosa vergonzosa; por eso mentimos á escondidas, cuando nos creemos seguros de no ser descubiertos, pero reprobamos altamente la mentira y despreciamos á aquel de nuestros congéneres que ha merecido el epíteto de mentiroso.

28.—NO FORNICAR.

He dejado intencionadamente para el final los preceptos relativos al apetito sexual, porque esta cuestión es mucho más compleja que las otras y está llena de contradicciones. Sin duda la atracción sexual ha sido una de las causas de la fundación de las sociedades, puesto que, siendo sexual la reproducción de

la especie humana, no hay familia sin cópula; pero las necesidades de orden genital han tenido en todo tiempo en los hombres un carácter tan particular, que el interés relativo á estas necesidades ha podido hallarse frecuentemente en contradicción con todos los demás intereses individuales. No dudaré en decir que la atracción sexual ha conducido á menudo á los hombres á actos opuestos á los que sugiere el instinto de conservación. Hoy día, después de muchos siglos de vida social, un egoísmo prolongado ha hecho nacer en nosotros nociones metafísicas que pueden á veces determinarnos á obrar contra nuestro interés más evidente (renunciamiento, ascetismo, etc.); la atracción sexual, anterior á toda vida social, ha producido en nuestros antepasados resultados lo mismo de ilógicos.

Podríamos limitarnos á probar las perturbaciones que produce en nuestros congéneres (y en los demás animales) el despertar del apetito sexual; mis estudios de biología general me han sugerido una observación que permite explicar estas perturbaciones en cierto modo.

Por muy paradójico que pueda parecer á los que no han estudiado la cuestión por el método científico, *el acto sexual no es un fenómeno vital*. Este acto, que muchos conside-

ran como el acto vital por excelencia, puesto que es él el que en los animales superiores asegura la continuidad de la vida, es un drama en el cual los actores no están vivos. Hablo de la fecundación propiamente dicha, de la atracción y de la absorción del esperma por el óvulo y lo de la cópula, que prepara la fecundación aproximando el hombre á la mujer.

Los elementos sexuales están muertos. En efecto, ninguno de ellos es capaz de vivir por sí solo, es decir, de asimilar, puesto que la asimilación es la única característica de la vida. Abandonado á sí mismo, en el medio más nutritivo para su especie, un *gameta* (así se llaman los elementos sexuales de la palabra griega que significa matrimonio) se destruye *poco á poco sin nutrición* posible (1). Es una cosa incompleta; pero el gameta del sexo opuesto, que también es incompleto, es complementario del primero; y de uno á otro se manifiesta una poderosa atracción que se puede comparar (y hasta creo que es algo más que una simple comparación) á la atrac-

(1) Sin embargo, hay hembras en las que la maduración del huevo es incompleta; entonces este huevo es capaz de vivir por sí solo. (V. *Traité de Biologie, Parthénogenése.*)

ción de las electricidades de signos contrarios. Dos gametas de sexo opuesto se precipitan uno sobre otro cuando están en presencia y se funden uno en otro, formando así el huevo que, no sólo está vivo, sino que es infinitamente joven y capaz de ser el punto de partida de una serie de biparticiones celulares que construyen un ser nuevo.

En un ser adulto la mayoría de los tejidos permanecen formados de células completas y vivas; son los elementos estructurales del organismo; pero hay algunos situados en una región particular del individuo, que en cierto momento son atacados normalmente por el fenómeno muy particular de madurez sexual. Y la presencia de estos elementos, maduros ó muertos, es una causa de malestar para el organismo. Estos elementos, que son los gametas, extienden en el organismo en que se hallan venenos particulares que dan al organismo la sensación especial de hallarse incompleto, aunque perfectamente vivo y capaz de asimilación.

Esta influencia de la madurez genital sobre el estado general del organismo hubiera podido parecer extraña hace algunos años; hoy día sabemos que cada tejido, además de su misión local en el organismo, tiene otra general en el equilibrio del individuo por sus

secreciones internas. Así, pues, no es extraño que el tejido genital, que tenía su parte en el equilibrio general antes de la madurez, sea una causa de ruptura de este equilibrio cuando sufre esta madurez misteriosa que transforma sus células vivas en gametas incompletos.

Pero si nos extrañamos de la existencia de un malestar causado en el hombre por la madurez de sus gametas, quedamos confundidos ante el instinto que transforma este malestar en una atracción del macho hacia la hembra. ¿Cómo sabe el hombre, cuando una maduración sexual de sus gametas le produce la turbación cantada por los poetas, que la maduración contraria se produce en los gametas de su hembra? La evolución social nos ha hecho comprender la génesis, en el hombre, de ese sentimiento metafísico del honor, que parece hoy tan lejano del fenómeno de asimilación, del que proviene, como todos nuestros sentimientos metafísicos. La evolución nos explicará cómo la madurez sexual atrae el hombre hacia la mujer, y cómo el hombre se ha convertido, desde el punto de vista morfológico, en complemento de su hembra. Ahora bien, para comprender estos fenómenos maravillosos, habrá que remontarse, no al origen de las sociedades, sino infinitamente más atrás, hasta la época muy

primitiva en que individuos muy rudimentarios provistos de sexo podían ser atraídos uno hacia otro bajo la influencia de causas del mismo orden que la atracción sexual. No voy á hacer aquí la historia del origen de las especies; al contrario, es una tentación de que hay que defenderse á toda costa, como hemos visto precedentemente. Observemos, pues, sencillamente que, habiendo evolucionado paralelamente desde el origen, el macho y la hembra de una especie cualquiera son atraídos uno hacia otro en el momento de su madurez sexual; esta atracción tiene, por otra parte, algo de común con las nociones metafísicas que hemos visto nacer de las costumbres sociales; en efecto, es particularmente inútil al individuo, ó á lo menos tiene un carácter despótico que no merece tener si se toma sólo en consideración el interés individual. Lo que importa al macho perturbado por sus gametas maduros no es que éstos vayan á fecundar gametas del sexo opuesto, eso le tiene sin cuidado; lo que necesita es que esos gametas sean expulsados de su organismo, donde causan malestar por envenenamiento. Pero desde los tiempos inmemoriales en que su organización era muy inferior, la expulsión de los gametas se ha hecho habitualmente por unión con su hem-

bra. Y en el curso de la evolución de la especie esta costumbre, conservada indefinidamente, ha modificado en forma correspondiente las estructuras del macho y de la hembra; esta costumbre ha hecho nacer además un instinto sexual, noción metafísica mucho más antigua, y por consiguiente más fija, que todas las que resultan de costumbres sociales más recientes. Solamente más tarde, algunas especies, particularmente inteligentes, han comprendido la inutilidad individual de la cópula, y han adivinado que el interés individual consiste solamente en expulsar los gametas maduros. Pero el pecado de Onán nos causa horror en lo más profundo de nuestro ser, y, por otra parte, el instinto que atrae el hombre hacia la mujer está tan fijado en nuestra organización, que, aun entregados á ese vicio monstruoso, los hombres conservan todavía una atracción metafísica invencible hacia el sexo opuesto. Consideramos como enfermos ó degenerados á los que no sufren la atracción sexual.

Lo repito, es completamente indiferente para el individuo que sus gametas machos vayan á fecundar y completar gametas hembras; lo importante para él es verse libre de esos gametas que le envenenan. Además, basta observar con alguna atención los hechos

conocidos en zoología para notar que el instinto sexual es, en la mayor parte de las especies animales, independiente de la idea de reproducción. Más aún, es evidente que los machos atraídos hacia las hembras no saben, en general, que la cópula deseada será seguida de un efecto reproductor. Este conocimiento del valor reproductor del acto sexual no está inscrito en nuestra herencia; sólo es conocido por una tradición, que nos da cuenta de los resultados reiterados de una observación prolongada. Pero sólo hay tradición en las especies sociales, y no corremos gran riesgo al afirmar que, en los animales que viven aisladamente, los individuos ignoran que se multiplican obedeciendo á su instinto. Piensen lo que quieran los filósofos, la conservación de la especie es la menor preocupación de los individuos; pero la selección natural, al contrario, fija los caracteres útiles á la especie y no los que lo son para las personas; por eso notamos hoy la generalidad de la atracción sexual en especies que no conocen su valor reproductor. Pero evitemos estas digresiones prolongadas en el campo del origen de las especies.

El niño no conoce el papel de la atracción sexual en la continuidad de la raza; el hombre adulto lo aprende por tradición.

Acaso hay razón para preguntarse si no es peligroso, para la conservación de una especie, que los individuos estén al corriente de la manera de conservarse la especie, pues eso hace depender de las fantasías individuales la continuación de la raza. Hasta hoy, observamos que los efectos peligrosos de esta ciencia de la reproducción no se han hecho sentir todavía, porque desde que los hombres saben que su cópula es reproductora, el número de hombres ha aumentado prodigiosamente. La existencia de un precepto relativo á la lujuria en las tablas de la ley podría hacer creer que el legislador antiguo había comprendido el peligro social que acabo de apuntar. Sin embargo, me parece que no es ésa la explicación.

Cuando un individuo está bajo el dominio de la excitación sexual, todos los razonamientos que puede hacer no le sirven de nada; está en un estado morboso que aniquila provisionalmente el timón de la razón. Y á partir del momento en que el hombre se ha atribuido la dignidad de ser razonable, cuando se ha considerado superior á los animales de los que su razón le había hecho amo, se ha sentido humillado de estos movimientos pasionales violentos que momentáneamente le hacían semejante á los brutos. Esta obser-

vación explicaría la tendencia general en la especie humana á ocultarse para realizar el acto sexual, que los animales ejecutan sin misterio alguno. Éste sería el origen del pudor que, instintivo en cuanto el hombre se ha sentido orgulloso de su razón, se ha conservado después y desarrollado por tradición.

Pero desde el momento en que nuestros antecesores han conocido el valor reproductor de este acto pasional que humillaba su razón, han hallado una salvaguardia de su dignidad en la nobleza del resultado obtenido. Por eso en un gran número de religiones se considera como un pecado el acto sexual que no tiene por objeto la reproducción. Esta es, á mi parecer, la única explicación que se puede dar al precepto del Decálogo que encabeza este párrafo. Y á pesar de siglos de vida social y á pesar de la ciencia, que es la gloria de la humanidad, nuestra pobre especie continúa sometida, como todas las especies animales superiores, á esta locura sexual, más fuerte que todo, y que á veces triunfa, en los más fuertes, de esa razón de la que estamos tan orgullosos. Los que, por misticismo ó por obediencia religiosa, han tratado de sustraerse á este instinto poderoso, han sido amenazados de una locura más

duradera de la que resulta de la excitación sexual. Resignémonos, á pesar de nuestra razón, á ser animales sexuados; acaso sufriremos menos de esta diátesis (1) cuando hayamos comprendido su origen.

29.—LA LUCHA POR LAS HEMBRAS.

El acto sexual es la consecuencia de una atracción particular ejercida por las hembras sobre los machos. En los animales salvajes, esta atracción está limitada á una época del año; en la especie humana es continua. Ya porque el número de hembras sea inferior al de machos, como sucede en ciertas especies, ó porque ciertas especies tengan la propiedad de excitar más particularmente el apetito sexual de los machos, hay competencia, en el momento de la excitación, entre todos los que desean la misma hembra.

Y lo mismo que la excitación sexual nos ha parecido más fuerte que todos los demás móviles, lo mismo la competencia sexual es la más terrible de las competencias. Cuando se trata de la posesión de una mujer, todos

(1) He empleado la expresión «diátesis sexual» en varias de mis obras de Biología.

los razonamientos, todos los intereses desaparecen; no hay alianza que valga, y los competidores son enemigos mortales, aunque fueran hermanos ó asociados.

En la especie humana, los diferentes pueblos han sacado de esta observación tendencias diversas y reglamentaciones diferentes. En algunos, la mujer, causa de estas perturbaciones morbosas que destruyen las sociedades, ha sido tratada como una especie de animal doméstico, del que á propósito se ha disminuído la importancia social para disminuir la eficacia de su papel antisocial.

En otros pueblos, por el contrario, y de esos somos nosotros, se ha llegado á conclusiones absolutamente opuestas. Se ha exaltado á la mujer, se la ha divinizado. La mujer más hermosa, es decir, la que excite más el apetito del macho, ha sido considerada como la recompensa de las más altas virtudes sociales, y así se ha introducido en la sociedad una serie de cosas ilógicas, contra las cuales protesta en vano la razón.

La mujer, en efecto, es un individuo como el hombre; tiene, como él, sentimientos y razón y forma parte de la sociedad con el mismo derecho. Entre nosotros, pueblos occidentales, la mujer escoge libremente al hombre á quien quiere honrar con sus favores, y ésa

es una causa de perturbaciones incurables, como voy á tratar de demostrarlo. Cuadraría muy bien con nuestras ideas de mérito social y de justicia social que se diera la mujer más hermosa al más valiente; pero toda idea de mérito y de justicia desaparece desde el momento en que una mujer escoge por sí misma á su elegido. Que la mujer sea la más hermosa no supone necesariamente que tenga cualidades sociales superiores, una inteligencia y un valor moral más elevados. Ahora bien, la mujer hermosa y no la virtuosa es la que juzga al hombre, puesto que es ella la que otorga la recompensa, al lado de la cual palidecen todas las demás recompensas. Escogida como juez, según su capacidad de excitación sexual, no hay que extrañarse si tiene en cuenta, á su vez, para escoger á su elegido el apetito sexual que siente en su presencia. Nadie puede tratar de impedir que los machos y las hembras se escojan libremente según la atracción mayor ó menor que sientan uno por otro; pero el hecho de que la posesión de la mujer más hermosa es la mayor recompensa del hombre desbarata completamente la noción social de mérito y de justicia. He aquí la prueba:

Siendo la mayor recompensa para el hombre la conquista de los favores de la mujer

deseada, el hecho de haberlos conseguido se ha convertido en un honor que se ha colocado al lado del honor adquirido por el valor y la fidelidad al juramento, y esto sean cualesquiera los medios con los cuales se ha obtenido la recompensa. Si la noción de este honor se ha debilitado con el tiempo, no ha sucedido lo mismo con el deshonor que resulta de la pérdida de estos favores adquiridos. Á lo menos en el lenguaje común, el honor de un hombre depende de la fidelidad de su esposa. Si ésta, después de haber escogido su marido por instinto sexual, siente por otro hombre un apetito amoroso, el marido es abandonado, y se dice que ha sido ofendido en su honor. Su valor social no ha variado, sin embargo; no se puede hacer depender la evaluación de los méritos de un hombre de una cosa tan provisional y variable como el apetito sexual de una mujer. Rabelais ha expresado esta verdad en términos rudos que no me permitiré reproducir aquí.

Como consecuencia igualmente ilógica del mismo hecho, un hombre se enorgullece de haber recibido los favores de varias mujeres, siempre porque la idea de honor ha sido, en cierto momento, inseparable de la de recompensa. Sin embargo, ¡qué inferior era el valor social del Don Juan de Molière! Pero

cuando se trata de cosas sexuales olvidamos todas las demás consideraciones y perdemos todo buen sentido. ¿No es extraordinario, por ejemplo, que hallemos ridículo, hasta el punto de hacer de ello ocasión de sainetes y comedias, el espectáculo más triste que nos presenta la humanidad: el viejo enamorado? Para los asuntos de amor no tenemos piedad.

«El amor—dice Carmen—no ha conocido nunca ley», y sin embargo, en todas las sociedades se ha tratado de reglamentar el amor; pero esta reglamentación hubiera sido siempre y en todas partes completamente ilusoria si una vez más la hipocresía no hubiera venido á salvar las apariencias y no hubiera permitido á la tradición hacer nacer, poco á poco, en la mentalidad de los hombres el sentimiento de deberes metafísicos que no han sido nunca obedecidos realmente.

El matrimonio, asociación nacida de una atracción sexual momentánea, se ha convertido en una asociación de intereses cuando ha habido que alimentar á los hijos y defenderlos contra el enemigo común. Antes hemos estudiado los orígenes de la familia. Pero la familia, fundada con ocasión de una atracción sexual, se ha basado después, como toda asociación, en una comunidad de intereses que no tiene nada que ver con la causa que le

ha dado origen. Si el amor continúa existiendo entre el padre y la madre, tanto mejor, y los lazos sociales serán más estrechos; pero el hombre y la mujer pueden ser asociados excelentes aun cuando la atracción sexual se haya debilitado mucho en ellos. El peligro, en estas últimas condiciones, es que la atracción sexual, debilitada entre ellos, se despierte en uno de los dos, pero tenga por objeto un individuo extraño al matrimonio. El hombre resiste tan poco á esta clase de apetito, que la asociación familiar resultaría muy precaria. El hombre enamorado de una mujer extraña no cumpliría debidamente sus deberes de padre y defensor de su primera familia. Por eso, sin duda, las leyes han prohibido el adulterio y el Decálogo contiene este precepto: «No deseearás la mujer de tu prójimo».

Un hecho extraño y que contribuye á colocar la diátesis sexual más fuera todavía de la esfera de los fenómenos biológicos es que el sentimiento amoroso que resulta del apetito sexual disminuye con la costumbre de la posesión, mientras que la costumbre desarrolla, por el contrario, todas las demás particularidades vitales. En la cohabitación familiar el amor sexual disminuye por costumbre entre el marido y la mujer, mientras que,

por el contrario, se desarrolla entre ellos, por costumbre también, una amistad resultante de una alianza prolongada contra el enemigo común. El deber social en la familia consistía, sin duda, al principio en la unión de los esfuerzos de defensa; pero como una infidelidad sexual podía amenazar la existencia de la familia, la fidelidad sexual se inscribió poco á poco al lado de los deberes sociales propiamente dichos y las legislaciones condenaron el adulterio.

Á pesar de todas las leyes, las desgracias que resultan de las atracciones sexuales son y seguirán siendo siempre los más inevitables de todas. Gracias á la hipocresía, una ley de fidelidad, violada sin cesar, ha podido parecer aplicada por la mayoría de los hombres. Así, sin destruir el peligro de una atracción sexual irresistible, ha nacido poco á poco en nosotros un sentimiento de deber conyugal, impotente para detenernos en el borde de una gran pasión, y cuyo único resultado es hacernos más desgraciados cuando sucumbimos á ella, haciendo nacer los remordimientos en los mejores de nosotros. La hipocresía interviene aquí también para salvarnos; somos bastante inteligentes para comprender que nuestro remordimiento no tiene objeto cuando nuestra infidelidad permane-

ce oculta, y nos ingeniamos para gustar del fruto prohibido sin ser sorprendidos. Éste es uno de los fundamentos necesarios de la sociedad moderna. Somos indulgentes para nuestros deslices sexuales personales y severos para los de los demás, mientras que respecto de los otros deberes sociales aquellos de nosotros que tienen una conciencia moral exigente son, por el contrario, severos consigo mismos é indulgentes para el prójimo. Ésta es la consecuencia forzosa del hecho siguiente: que los dos puntos de vista para apreciar el valor de un individuo, á saber, el punto de vista del valor social y el punto de vista de la atracción sexual, no tienen ninguna relación entre sí.

Decía antes que las abejas obreras no tienen ninguna dificultad en cumplir con su deber, porque no tienen otro deseo, y que particularmente siendo estériles, no pueden pensar en fundar una familia competidora; el hecho de no tener apetito sexual es una causa mucho más importante del buen orden de su sociedad. No podemos esperar, desde ese punto de vista, ser nunca tan felices como las abejas. No me extenderé aquí sobre la complicación progresiva que ha resultado para los hombres de la mezcla del sentimiento sexual con las demás nociones metafísicas, y sobre

el hecho de que la atracción sexual ha podido así ser derivada de su objeto primitivo hasta el punto de no ser apenas reconocible. En otro libro he dado cuenta de estos resultados curiosos de una evolución social prolongada (1).

(1) *Las influencias de los antepasados*, pár. 57.

CAPÍTULO V

Los sentimientos y la religión.

30.—LA FRATERNIDAD.

En las páginas que preceden nos hemos preocupado de hallar, en el interés personal y egoísta que resulta del instinto de conservación, el origen lejano ó reciente de todas las nociones, aun las más sublimes y etéreas de nuestra conciencia moral, aun las más opuestas en apariencia al egoísmo y al interés personal. Finalmente hemos hablado de la atracción sexual considerando que el amor que resulta de esta atracción es el obstáculo más formidable que existe para la inteligencia entre los hombres. Lejos de ser un elemento de asociación, y aunque en las especies bisexuales, como la nuestra, la atracción sexual se halle fatalmente en el origen de la familia, hemos creído que el amor debía ser considerado, fuera de su misión reproductora, como origen de odios y discordias.